

rocas y colinas que se elevaban á cierta distancia como una magestuosa barrera. El otro traía su origen del seno de aromáticas montañas, y salía á borbotones de una gruta de granito que separaba en su falda dos empinados peñascos. Era el primero de blanda y apacible corriente y sus plateadas ondas si tal vez se derramaban por el cespced, dejábanlo como rociado con las perlas de la aurora; pero el segundo precipitábase rugiendo desde lo alto de las rocas, cubriéndolas á menudo de blanca y rabiosa espuma.

Hácia el nacimiento de este caprichoso manantial llevaba la hija del desierto al sorprendido guerrero, y un caminito recientemente arreglado á fin de que fuese mas cómodo para Matilde, los condujo á una soledad mansa y deliciosa, absolutamente distinta de la que acababan de ver.

Si los alrededores ásperos y descarnados del castillo tenían un carácter de uniformidad y desolacion que abatia el espíritu, en cambio el cuadro que se desplegaba ahora ante sus ojos parecia realizar los mas exaltados sueños de la imaginacion y dar una idea del mágico pais de los encantos.

Dos altas peñas cual terribles gigantes parecian defender la entrada de este misterioso retiro, y solo al llegar junto á ellas advirtió el caballero que la senda por donde iba daba la vuelta en torno de sus masas imponentes. Las que se elevaban algo mas lejos desde una y otra margen del arroyo inclinábanse tanto por lo mas alto de su cumbre, que dos largos pinos cubiertos de musgo, colocados acaso sobre esta abertura formaban un puente rústico de mas de ciento cincuenta pies de elevacion sobre tres de ancho, suspendido al parecer en-

tre la tierra y las nubes sin baranda ni apoyo alguno,

Al fijar la vista en aquel liviano tronco , que solo parecia desde abajo una línea negra trazada en el vago espacio de la atmósfera , quedose como asombrado el caballero del Cisne; mas no pudo dejar de estremecerse descubriendo á Matilde y su doncella que semejantes á dos ninfas aereas iban ligeramente á atravesarlo, sin que reparasen siquiera en aquel horroroso abismo. Y notando por azar la hermana del conde Arnaldo en el gentil caballero , detúvose en la mitad del frágil leño , y con ademan lleno de gracia y finura hizole desde allí un galan saludo moviendo el pañuelo blanco. Trémulo y pálido el hijo de Pimentel al contemplarla como suspenso en el aire , apenas tuvo valor para corresponder á tal fineza , y solo empezó á respirar cuando mas veloz

que el pensamiento viola correr á la opuesta orilla y ocultarse entre los árboles de sus bosques.

La otra jóven hizo pasar á Ramiro por debajo del mismo puente que le habia causado tanto susto.

Al paso que se acercaban al nacimiento del raudal hacíase mas rápida la pendiente , terminando la pradera en un tosco anfiteatro donde estaban agradablemente confundidos el álamo blanco , la verde encina y los frondosos nogales. Comenzaba á ensancharse la garganta formada por aquellos montes , mas no por eso dejaban de ostentar las peñas sus erizados picos, ya pálidos y espantosos en su misma desnudez , ya cubiertos de zarzales y otros áridos arbustos. Haciendo un corto rodeo hallose repentinamente Ramiro ante una brillante cascada, mas notable por el efecto pintoresco de su colocacion que por la abundancia de las

aguas ó la altura de su caída. Producíala el mismo arroyo arrojándose desde la cumbre de una roca en profundo recipiente formado por la naturaleza, y aunque al estrellarse en él se deshacía en espuma y levantaba en torno como un ligero vapor, eran las ondas tan limpias y transparentes que se veía en el fondo hasta el mas leve guijarro. Hinchábanse en aquella especie de receptáculo y corrían despues con bastante mansedumbre á ocultarse por entre amontonadas peñas, de donde se veían precipitar mas turbulentas hácia la pradera que últimamente atravesára el caballero del Cisne. Por los alrededores todo estaba en armonía con las bellezas de esta soledad magestuosa: bancos de cesped colocados en el hueco cóncavo de las peñas, húmedas y sosegadas cuevas como practicadas en la vertiente misma de las colinas, sombrías arbo-

ledas inspirando silencioso temor cual si fuesen habitadas por las rústicas deidades; aumentaban el efecto de aquel plácido recinto, verdaderamente romántico y solitario.

Viendo Ramiro á Matilde en ademán de admirar el salto de las aguas se le figuró un ser formado por la emanacion de su luminosa espuma, ó el mas querido de los ángeles contemplando la hermosura del universo en los primeros dias de la creacion. Su doncella la seguia con el arpa á poca distancia y el sol empezaba á ocultarse por la espalda de los montes. Sus débiles rayos derramando suave luz sobre los objetos daban mas espresion á los ojos negros de Matilde y hacian resaltar la blancura de su tez y las delicadas formas de su flexible cuerpo. El absorto jóven convino interiormente en que los delirios de su exaltada imaginacion nunca le dieron la idea

de una mujer tan perfecta, y en medio de su entusiasmo creíase transportado á los jardines del aromoso Eden.

Conociendo Matilde como toda mujer linda la influencia de sus gracias, no se le escapó la turbacion del amable paladin, y dióse prisa á cortar una escena que alarma siempre la delicadeza del pudor, sin manifestar haber comprendido las emociones que inspiraban sus encantos. Encaminose pues tranquilamente hácia una selva poco distante para que el ruido de la cascada no sufocase el son del arpa, sino que formase con ella una especie de armonía misteriosa. Sentose debajo de un arco aunque tosco muy gentil descrito por peñas cubiertas de blando musgo, y tomando el instrumento de manos de su doncella, volvió los ojos en torno cual si se complaciese en el cuadro que presentaba aquel agreste y apartado sitio.

— Ya veo , dijo despues de algunos momentos de silencio , que acaso he abusado de vuestra condescendencia haciéndoos andar mas de lo justo ; pero me lo debeis perdonar en gracia de la buena intencion que tuve en ello. No solo creí que este sitio os podria embelesar , sino haceros indulgente en favor de una traduccion inculta y desaliñada : mis versos por naturaleza rudos tienen necesidad de esos acompañamientos selváticos , y las musas provenzales , suspirando de continuo por las dulzuras de un silencioso retiro , gustan mezclar su voz con el ruido del torrente , y prefieren para su adorno las flores silvestres del desierto , á las brillantes guirnaldas de los jardines.

— ¡ Ah ! respondió el caballero , nunca tuyieron las musas un intérprete tan digno de sus gracias y su genio.

— ¿Por qué me habláis en ese tono de pura galantería? Matilde debe esperar mas franqueza del hijo de su bienhechor. Por lo demas en medio de esa calma magestuosa me complazco en cantar las proezas de nuestros famosos abuelos. De ellas fueron testigos estos mismos lugares ora tan desconocidos y solitarios: ¡Berenguer de Prades! ¡Roger de Lluria! ¡Raimundo de Urgel! si vuestras almas vagando sobre nubes flotantes han escuchado mi débil canto muchas veces confundido con el agudo silbo de la tempestad, y si al compás de mis rústicas canciones se han agitado de placer con la memoria de sus grandes hechos; no olvidéis que aun existe un guerrero descendiente de vosotros, aspirando con sagrada emulacion al empeño de imitaros.

— Ahora conozco por qué decia mi padre que el espíritu marcial y el

deseo de gloria de todos los héroes de la casa de Urgel; se encerraban en el pecho de sus dos ilustres huérfanos. No, Matilde, no lleveis á mal que os hable en language que pudiera incomodaros, sino fuese el de la pura verdad. Hasta hoy no habia tenido ocasion de conoceros, y sin embargo tanto por vuestra nombradía como por los enérgicos principios de que haceis alarde, fácilmente hubiera descubierto en vos la hija del desgraciado Armengol.

— No dudo que hallareis en mis ideas algo de familiar con las vuestras porque todo lo debo á la casa de Pimentel. Desde mis tiernos años me colmó de beneficios, y hasta que el conde Arnaldo de vuelta de las campañas de Italia llevome consigo á uno de los castillos de mis padres, me sostuvo el vuestro con fastuoso decoro en las monjas de san Dionisio. ; Con

qué ansia deseo consagrar los días que me restan en obsequio del generoso baron, que tendió una mano piadosa á mi desemparrada niñez !

— Tan fino agradecimiento sobrepuja el valor del obsequio. No volvais los ojos al cielo con esa tierna expresion, y olvidad por Dios las desgracias de vuestra familia : los esfuerzos de tantos guerreros , ya reunidos en san Servando , procurarán restituirle su amortiguado esplendor ; tambien , noble Matilde , voy á enristrar la lanza para conseguirlo , y juro , aunque débil apoyo , poner á vuestros pies el laurel que recompense nuestros triunfos , ó perecer gloriosamente en la demanda.

— Bien sabe el cielo que desearia desvaneceros de semejante idea, pues creo que obrais mal en esponer una vida tan sumamente cara á mi ilustre bienhechor. Halagárame , es

verdad, ver en su brillantez primera la soberana casa de Armengol; pero prefiero bajar al sepulcro sin conseguirlo, á causar con ello la mas leve desazon al señor de Pimentel. Cuando pienso en que el ser famoso y valiente no os libra de un funesto azar, que una flecha disparada por mano cierta, una lanza que vuela por los aires sin que la veáis venir ¡ah! perdonadme, noble señor, si os suplico que no os comprometáis en una empresa, que puede ser fatal á las canas de vuestro padre y á mi justo agradecimiento.

— ¡Qué es lo que decis, Matilde! esa generosidad mal entendida acaso me librará de la muerte, pero ajaria el lustre de mi fama. Sabed que sería un vil si no me mostrase digno en esta ocasion de la hidalga conducta de mi padre: á imitacion suya me jacto de amar la familia de Urgel, y

combatiendo por ella peleo tambien contra los enemigos de la nuestra.

Matilde al oirle bajó los ojos y guardó triste silencio. Deseosa empero de templar la agitacion del paladin paseó los ágiles dedos por las cuerdas del instrumento , y lo hizo suspirar tan blandamente , que no solo logró calmarle , sino despertar en su fantasía las vagas ilusiones de una dolorosa ternura. Conmovido y taciturno separose algun tanto para saborear mejor los ecos de aquella música celestial, y apoyándose contra un roble cruzó las manos sobre el pecho y escuchola con dulce arrebató. Desaparecia el crepúsculo vespertino, y la luna, dando principio á su lenta carrera , iluminaba con el mas puro de sus rayos el lánguido rostro de Matilde. El acompañamiento monotono del trovador fue reemplazado por ella con un airc patético y doliente , muy propio para

mezclarse con el lejano rumor de la cascada y el manso susurro del céfiro que silbaba entre las hojas. Soltó en seguida su voz blanda y sonora, y dió principio al canto.

(1) Brilla la estrella de la noche suspendida en medio de un cielo azul, y baña en suave lumbre las riberas del Segre: los antiguos torreones de San-Telmo elevan hasta las nubes susafiligranadas almenas: reina en torno un silencio sepulcral, y el sonoro ruido de espadas y armaduras ya no se oye so los arcos de su techo solitario.

(1) Nos ha sido preciso valernos de esta especie de estancias en prosa para dar una idea en nuestro lenguaje moderno de la valentia y el fuego, que respiraban los versos que cantó Matilde.

¡ Fueron los dias en que los pálidos rayos de la luna reflejaban en los plateados yelmos de sus intrépidos barones! ¡ Fueron los dias en que al abrigo de la húmeda noche atrevesaban los campos cubiertos de resplandeciente acero!

El astro nocturno era para aquellos héroes el brillante faro que los guiaba á las batallas, y el melancólico genio que les hacia suspirar de amor. ¡ Ay de mí! ahora no es mas que una antorcha fúnebre, que alumbra sus urnas sepulcrales desde la bóveda celeste.

¡ Estrella de la noche! ¿ qué ha sido de su valor? ¿ cómo se ha eclipsado su brillante audacia? Al furor que los animaba, al ardiente deseo de hacer célebre su nombre, furiosos ejércitos apenas contenian su ímpetu, y los rios y los mares eran débiles barreras.

¿No veis un paladin viniendo á todo escape de la parte de occidente? Lleva un caballo negro como el ébano, y los ecos de las cavernas repiten sus veloces pasos cuando hiere con ferrea plantá la dura superficie de las rocas. ¡ Detente, detente, desgraciado campeón! en valde la tempestad brama sobre tu cabeza; mas terrible es la que destroza tu rencoroso pecho, y la sufres sin embargo, y la ensañas de continuo con el deseo de nuevos crímenes.

A pesar de los pocos años se leen en tu frente lívida las huellas de las bárbaras pasiones, que han envenenado tu espíritu: ¿por qué inclinas el ojo feroz hácia la tierra y velozmente pasas cual un meteoro de funesto augurio? ¡ Berenguer de Entenza! mi corazon ha palpitado á tu tránsito, y mis ojos ya no te han desconocido.

Fuiste á sembrar el terror por los campos de la enlutada Grecia con Roger de Lluria, Raymundo de Urgel, Feliu de Moncada y los Pimentales de Aragón: sus hijos se postraron llorosos á tus plantas y ella misma envuelta en el antiguo manto, sosteniendo con las manos la urna de alabastro que encerraba el polvo de sus héroes te pidió misericordia... ¡ay de los vencidos! dijiste; y la noble matrona sin fuerzas para resistir este último ultraje, sepultó en el Eurotas su impotente despecho.

Veniste desesperado para engruesar tu bando, y vuelves ya contra el implacable Roberto de Rocafort, que osa disputarte el imperio. Huyes de la dulce esposa y de la anciana madre, que sin fruto se asomaron largo tiempo á la mas alta peña con el falaz deseo de descubrir á lo lejos las ondas

del agitado mar. ¡Yo las ví cubiertas de lágrimas tendiendo los brazos hacia las playas de Oriente

Al estrecharte en ellos ¡cuán otro te encontraron del que fueras cuando hacías sus delicias! Observaron en tu rostro tomado del sol y sombreado por los polvorosos rizos de tu negra cabellera, la sed de sangre que enardece tus fauces: el movimiento convulsivo de tus labios les reveló las impuras blasfemias que apenas podían reprimir, y en las móviles arrugas de tu frente leyeron el rencor de los tiranos y la fría indiferencia de los verdugos. En vano te conjuran para que no salgas del techo paternal; tu alma fiera suspira por los combates, por las sangrientas revueltas, y mira con insultante desden las floridas cadenas del amor, y los blandos deleites de la holganza.

Tal la reina de las aves desprecia la suave llanura, y solo detiene su vuelo sobre escarpadas rocas cubiertas de eternas nieves, ó en tempestuosas playas donde se ve al náufrago luchando para salvar la vida rodeado de tablas, mástiles y cadáveres. Mientras suspira el dulce ruiseñor entre las flores, arrebatada ella sus víctimas á la áspera cumbre del Cáucaso, y se complace al devorarlas en sus moribundos gemidos.

¡ O Grecia ! preciso es que sucumbas á la pujanza de tantos valientes. El mas terrible de ellos caerá en tu mismo seno para aplacar con su muerte los irritados manes de Temístocles; pero ¡ cuántos de tus mas dulces hijos habrá inmolado antes á su fulminante rencor ! En valde te immortalizan los anales , en valde mientras millares de reyes olvidados en la noche de los

siglos dejan una pirámide sin nombre, ha respetado el tiempo la columna elevada cabe el sepulcro de tus héroes, ó les ha dejado un monumento mas duradero de su gloria en las montañas de su pais natal ... Entenza no se enternece, antes se burla con grosera arrogancia del esplendor de tus fastos y de tus antiguos laureles.

¿Oís el marcial son de los clarines, el estruendo de las falanges, el relincho de los caballos? ... ; Estrella de la noche ! tu alumbrabas débilmente al impío Roberto cuando acechaba á su feroz rival por las olorosas márgenes del Estrimon. Con pérfida y silenciosa planta espiaba el orden de sus haces y el número de los guerreros que iban en ellas : en tanto sus escuadrones permanecian ocultos en las concavidades de las peñas, solo aguardando un grito del capitán para

caer sobre sus valientes enemigos.

¿Quién es el atrevido campeón que marcha á su frente? Cubre un sombrero penacho su inalterable faz, y las pobladas cejas que frunce, anuncian de lejos su mal reprimida cólera..... ¡él es! reconocedlo en la palidez de sus rasgos, y en la siniestra ojeada que arroja en torno de sí... ¡muera! esclama Rocafort ardiendo en ira, y los escuadrones de Entenza rechazan animosamente el ímpetu de los contrarios.

Quando un río precipita en la mar el arrebatado curso de sus aguas, levanta el Occéano las suyas en azuladas columnas para resistir soberbio la impetuosa corriente: avánzanse las ondas, y su terrible choque resuena en la estremecida ribera: brillan tal vez espumantes y desaparece por un

momento la superficie de las socavadas peñas, eternos límites de su eterno furor.

Tal fue el encuentro de los dos héroes. Animados del mismo espíritu de venganza, cierran uno contra otro y pugnan para saciarse de sangre, anunciando el infernal deseo de celebrar su triunfo bebiéndola en el cráneo mismo de su contrario. No pelean sus soldados con menos encono: el crujido de las lanzas que se rompen, las amenazas de los que hieren, los ayes de los que espiran espantan los ecos del valle, solo acostumbrados á repetir las canciones de algun pastor solitario.

¡ Ay ! ninguno pide cuartel : todos descargan la diestra para vencer ó morir. Los amigos se buscan y se separan ; rompen fácilmente los amantes su frágil cadena de flores ; pero

solo la muerte puede dividir á los que se odian si por desgracia llegan á agarrarse una vez. Raimundo traspasa á Lluria con tres lanzas, y Feliu de Moncada espira á los pies de Pimentel: cae en uno y otro bando la flor de los valientes, y cual si el demonio de las venganzas anduviese discurrendo por las filas, solo se oyen denuestos, blasfemias é imprecaciones.

Pero vuela en pedazos el acero de Berenguer de Entenza, y su diestra arrojada despues á larga distancia del cuerpo, aun lo empuña con desesperado furor. El ágigantado paladin yace tendido en el mismo sitio donde cayó, y en su torno se descubre la impresion sangrienta de la mano que le queda sobre la cual se apoyaba agitado por las últimas convulsiones de la vida. Tiene el rostro vuelto hácia las nubes, y su ojo entreabierto parece amena-

zar á su triunfante enemigo, cual si la muerte no hubiese podido extinguir el aborrecimiento que le tenia.

¡Torres de San-Telmo! no volveréis á ver á vuestro último señor. Con la nueva del fatal suceso espiró tambien su cariñosa madre, y un veneno puso fin á los dias de la tierna esposa. Desde entonces solo interrumpen el silencio de aquel castillo desierto los acentos lamentables del pájaro, que pasa emigrando á otras riberas, ó los vaivenes de alguna puerta agitada por el borrascoso aquilon. El extranjero que descubre con placer sus elegantes agujas huye al acercarse á ellas de tan espantosa soledad. ¡Ay! los cardos y la grama ocupan el lugar del vicioso cespéd: las ortigas esconden el rostro de Venus; los olmos y acebuches taladran con sus fuertes raices hasta lo alto de las al-

menas, y cubre el verde musgo la graciosa urna de las náyades. ¡Torres de San-Telmo! en vano el piadoso peregrino quiere orar por los héroes que os habitaban: aunque contempla admirado los restos de su antigua opulencia, ninguna piedra sepulcral le indica sus nombres, ni el sitio do reposan tranquilamente sus cenizas.

Calló Matilde y fijos los ojos en el cielo estuvo como embelesada un breve espacio sin que nada interrumpiese su doliente actitud y tierna melancolía. Detuvo su mano trémula sobre el arpa mientras el viento del desierto continuaba vibrando sus cuerdas de oro, haciéndolas despedir algun tímido suspiro. El caballero la contemplaba con admiracion respetuosa cual si viese en ella la amante del Petrarca suspirando los dulcísimos ver-

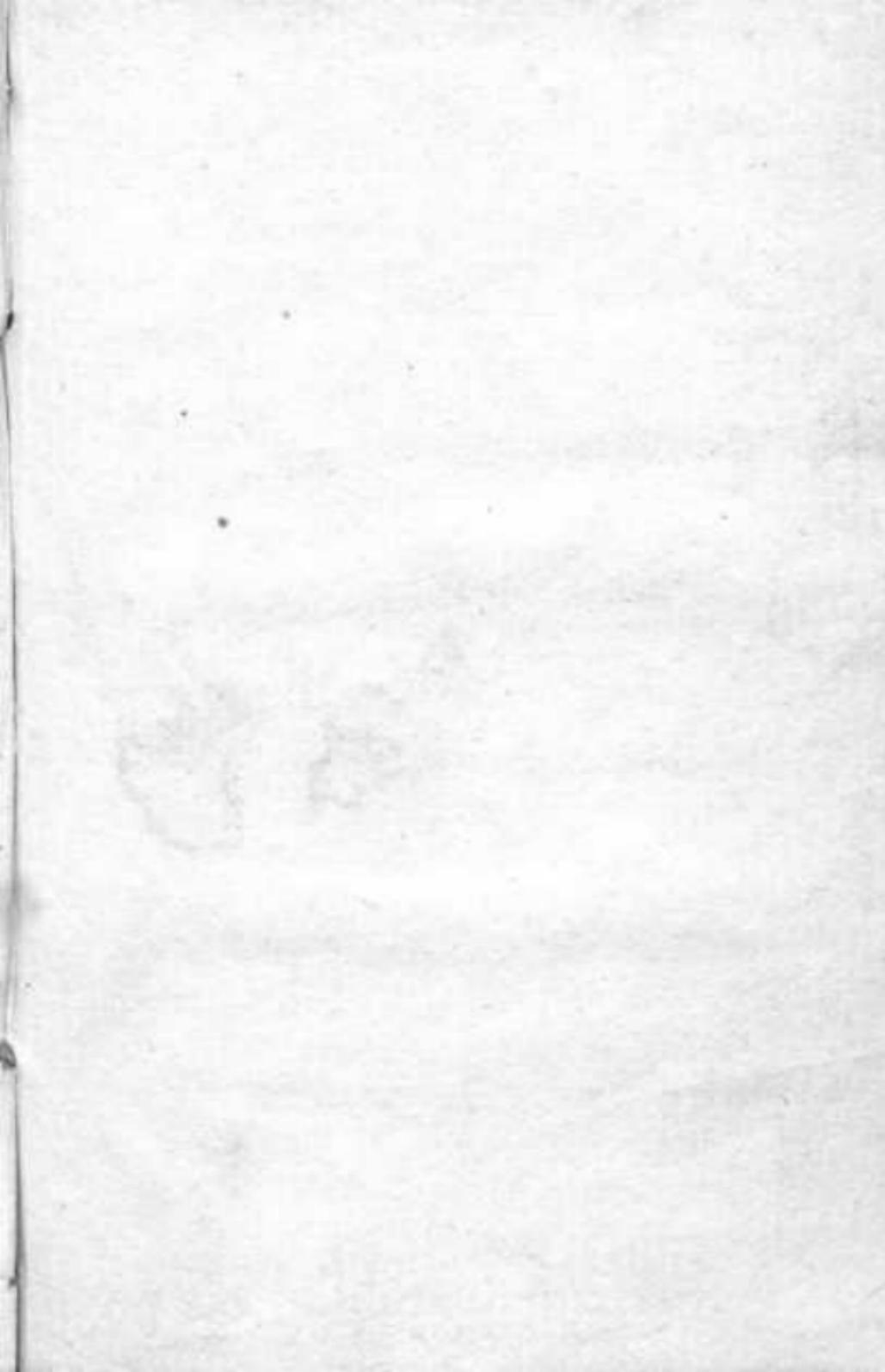
sos de este poeta bajo los mirtos, que
 sombrean la fuente de Valclusa, ó
 la enamorada Safo entonando su can-
 cion de muerte en el promontorio de
 Léucade para arrojarse despues desde
 su cumbre á ser presa de las ondas.

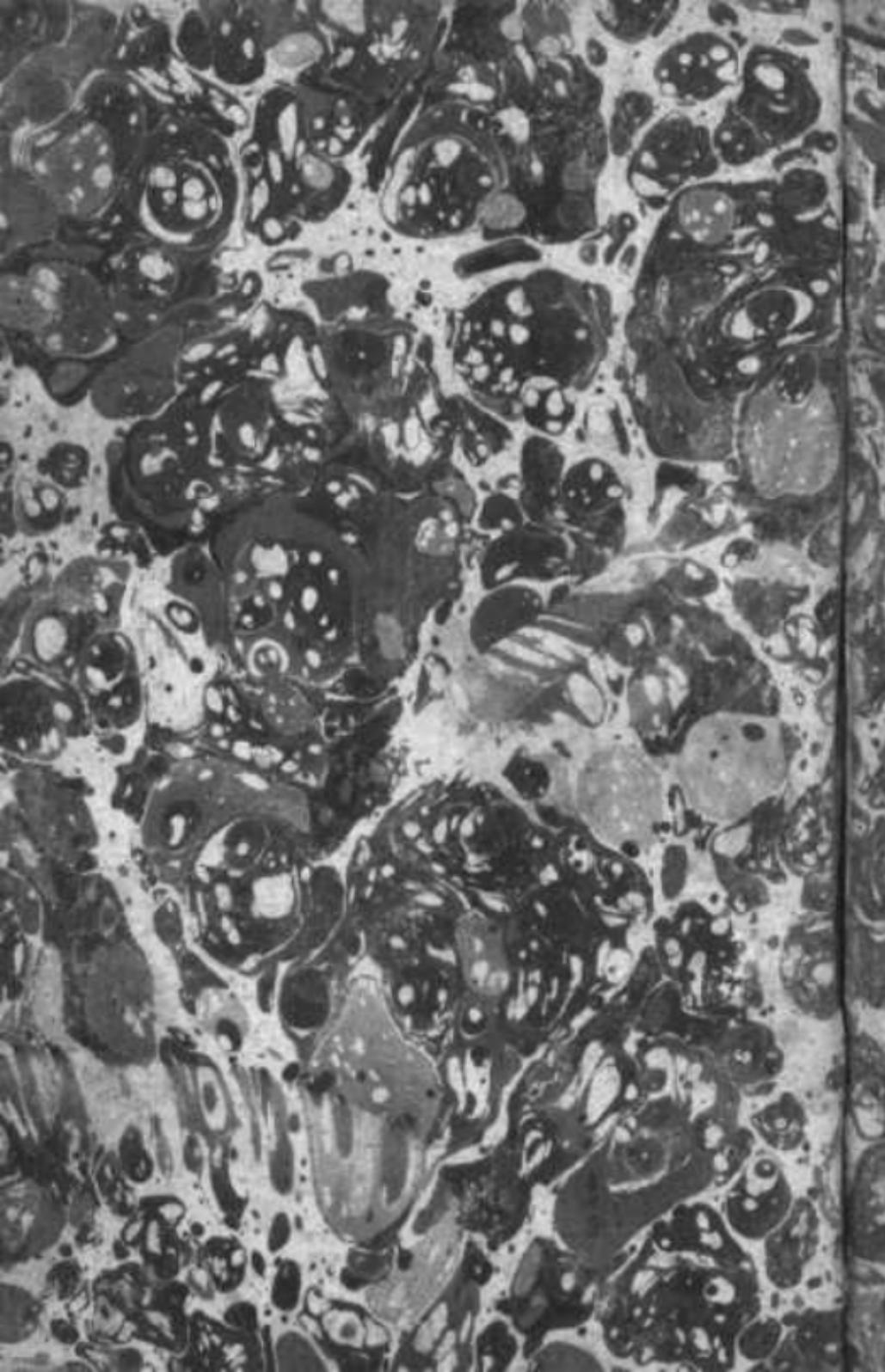
FIN DEL TOMO PRIMERO.

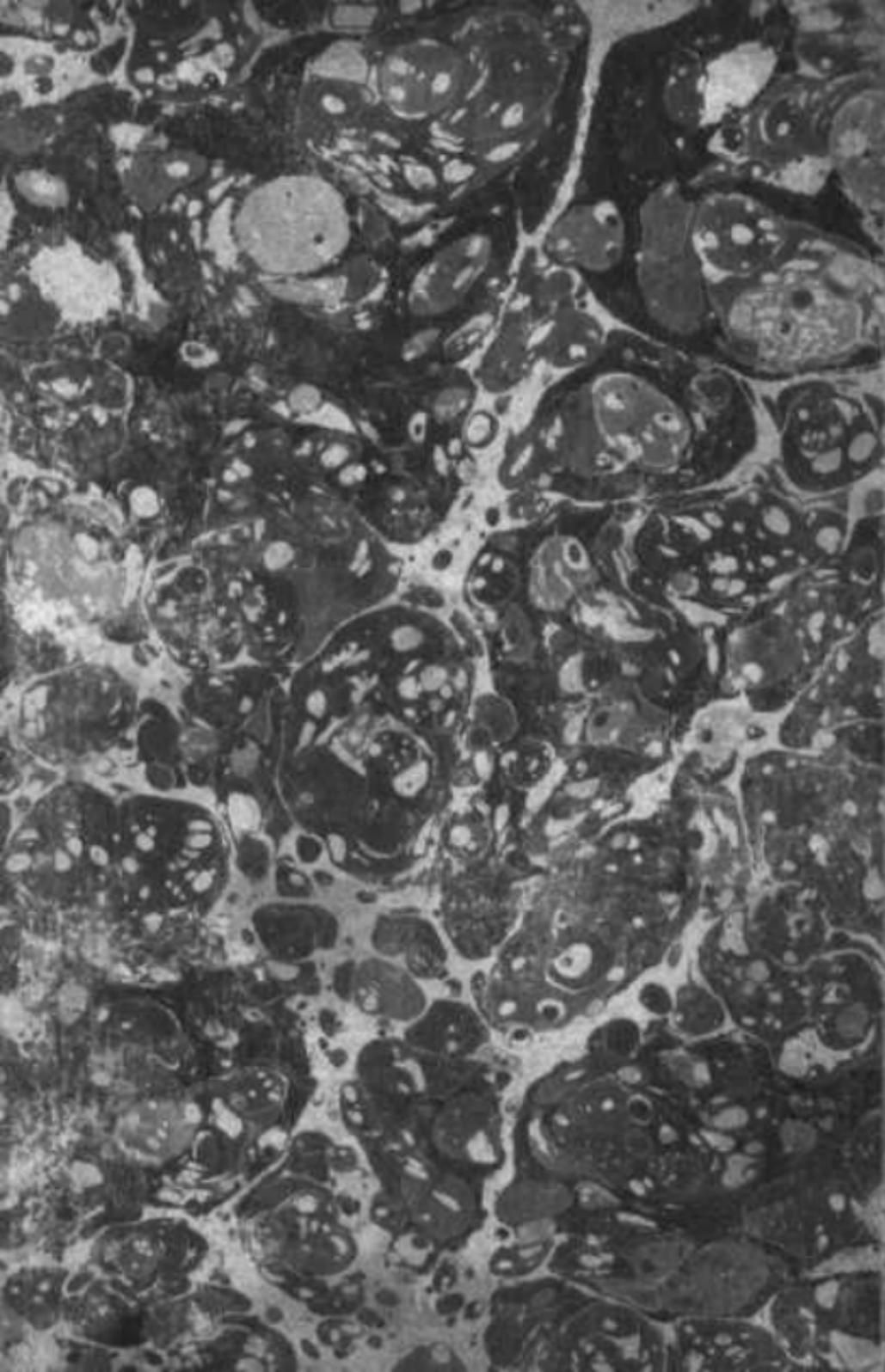
ÍNDICE

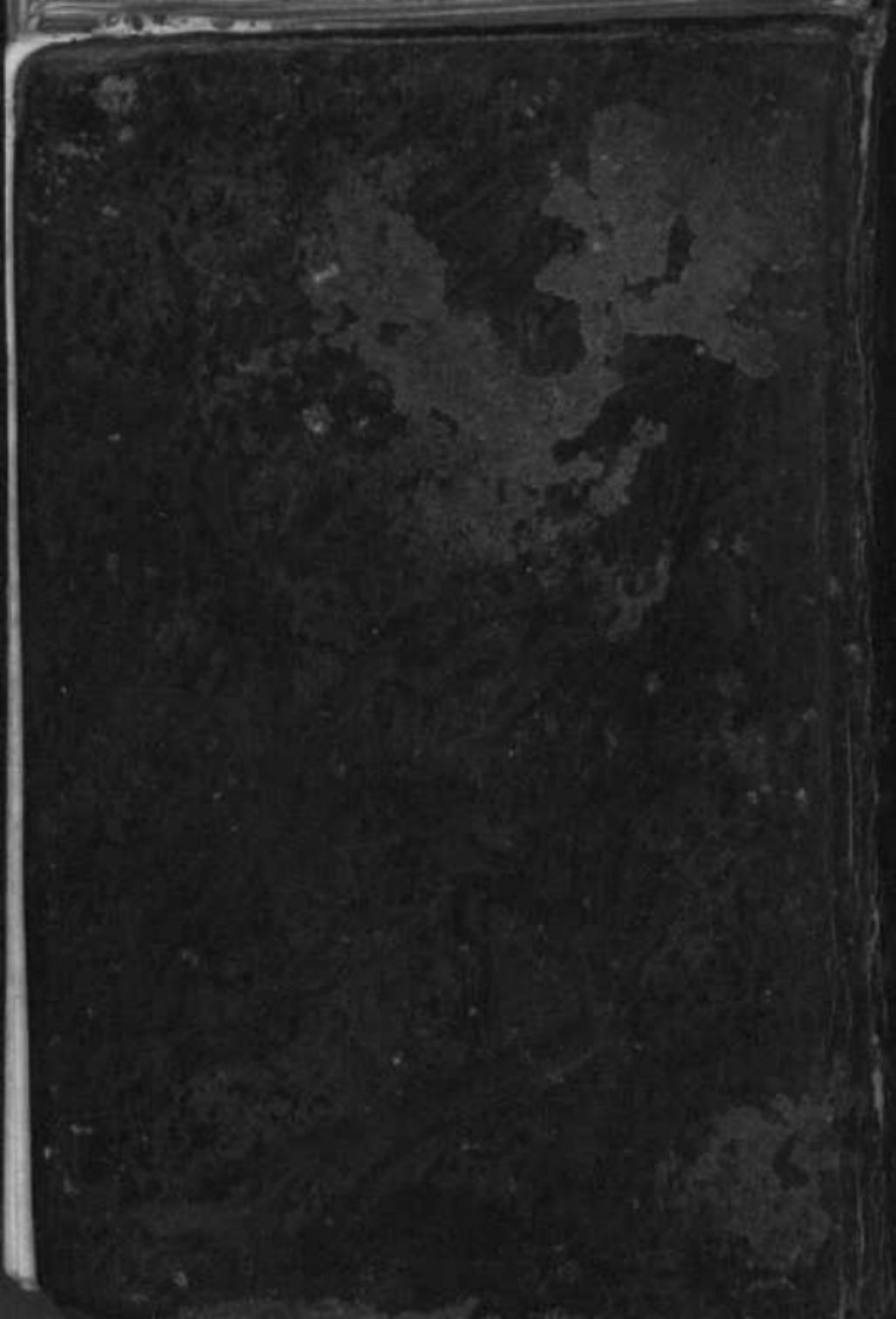
*de los capítulos contenidos en este
tomo.*

CAPITULO I. — Introduccion , pág.	1
CAP. II. — El Torneo.	22
CAP. III. — El Ermitaño.	54
CAP. IV. — Doña Jimena.	125
CAP. V. — Los dos Rivales.	157
CAP. VI. — Rápida ojeada á la corte de Castilla.	202
CAP. VII. — El Abab.	319
CAP. VIII. — Un baron del siglo XV.	359
CAP. IX. — Los dos Hermanos.	359
CAP. X. — El canto del Trovador provenzal.	252









1850

1850